

Aiguebelle – Jour du Seigneur – Domingo 10 mayo 2026

Homilía – Mons. Vesco

«En aquel día, reconoceréis que yo estoy en mi Padre, que vosotros estáis en mí y yo en vosotros»

Estas palabras de Jesús, pronunciadas durante la última cena que compartió con sus apóstoles, resuenan como un testamento espiritual. Las escuchamos esta mañana en la iglesia del monasterio de Aiguebelle, donde se reúnen siete veces al día para rezar unos monjes cuya vida entera está orientada, por vocación, hacia esa unión íntima con Dios y en Dios que Jesús promete a sus apóstoles en esta última cena, su última escena.

Nunca olvidaré mi primera visita al monasterio de Tibhirine, una fría y brumosa mañana de noviembre de 2002. Deambulaba por un claustro abandonado y contemplaba las estribaciones del Atlas, que durante tantos años habían sido el majestuoso, aunque solitario, horizonte de los monjes. Fue entonces cuando me di cuenta de hasta qué punto, antes de convertirse en los famosos monjes de Tibhirine conocidos en todo el mundo, aquellos hombres habían llevado una vida oculta y austera dedicada a la oración. Habían entregado su vida mucho antes de que se la arrebataran aquel día de mayo de 1996.

Pero, en Tibhirine, esa búsqueda de la unión íntima con Dios y en Dios, que habita en el corazón de un monje, había adquirido para ellos un matiz particular. Había adquirido algo del matiz de la religión musulmana que marcaba la vida de sus vecinos y amigos. Había adquirido el matiz de la hospitalidad y la fraternidad que vivían en la sencilla cotidianidad de su vida laboral y social, en la comunión con las alegrías y las penas de los habitantes del pueblo. Había adquirido el matiz del otro, radicalmente diferente, que trastoca las costumbres y las certezas.

Es en esta realidad concreta de la vida cotidiana donde los monjes tomaron aún mayor conciencia de la amplitud, la altura y la profundidad de la unión con el Padre prometida por Cristo a sus apóstoles y, por tanto, a cada uno de nosotros. Percibieron con cada fibra de su ser que Dios solo podía ser el padre de todos o, de lo contrario, no era el Padre de nadie. Comprendieron que Dios es Uno en toda su humanidad o que no lo es.

Por lo tanto, abandonar a sus vecinos, a sus hermanos, a sus amigos, desertar del monasterio en ese momento de gran peligro para toda la población habría significado para ellos renunciar al ideal de unión íntima con el Padre, inscrito en el corazón de su vocación monástica. Marcharse habría sido matar al monje que llevaban dentro. Marcharse, para ellos, era morir.

Lo que es cierto para los monjes de Tibhirine lo es igualmente para los otros doce beatos asesinados entre el 8 de mayo de 1994 y el 1 de agosto de 1996: Pierre Claverie, el obispo dominico de Orán, los cuatro padres blancos de Tizi Ouzou, Jean, Alain, Charles, Christian, el padre marista Henri, Paule-Hélène, hermanita de la Asunción, las hermanas agustinas Esther y Caridad, las dos hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, Bibiane

y Angèle-Marie, y la hermana Odette, hermanita del Sagrado Corazón. Pero también es cierto para todos los miembros de la Iglesia de Argelia durante ese período de violencia. De hecho, aunque se cobró la vida de diecinueve personas, todas ellas la habían puesto en peligro y la habían entregado de antemano. El sentido y la fuerza de este testimonio, dado por una Iglesia entera sumida en la tormenta, no radica en haber sido asesinados por musulmanes, sino en la solidaridad con sus hermanos y hermanas argelinos musulmanes.

Hermanos y Hermanas, recordar a monseñor Pierre Claverie y a sus dieciocho compañeras y compañeros, beatos mártires de Argelia, treinta años después de su asesinato, no significa remover un pasado doloroso y ya superado, ni tampoco ser guardianes de una memoria como se cuida un museo; ¡no somos guardianes de un museo! Es afirmar la urgencia, para hoy y para mañana, de una fraternidad que se libera y se enriquece con las diferencias culturales y religiosas, con las heridas de la historia, y que hunde sus raíces en la promesa de una humanidad llamada a reunirse por completo en Dios, tal y como Cristo nos prometió. Es de esa fraternidad de la que dan testimonio los 19 beatos de Argelia. De la cual, etimológicamente, son mártires. Mártires de la fraternidad. ¡Es por eso por lo que este martirio es una buena noticia para toda la humanidad!

Oración Universal:

«Me veréis vivo y vosotros también viviréis», prometía el Señor a sus discípulos. Unamos nuestros corazones y elevemos juntos a Dios nuestra oración común para que su vida y su paz se extiendan cada vez más en nuestras vidas.

Por la Iglesia, y en particular por la Iglesia de Argelia, a la que el papa León instaba a fortalecerse siguiendo con determinación el camino de la oración, la caridad y la unidad: que esté junto a los creyentes de todas las religiones y a los hombres y mujeres de buena voluntad, como germen de paz en todo el mundo.

Señor, te rogamos.

Que venga la paz de Dios

Por nuestro mundo herido y en busca de luz: que el espíritu de la verdad y la paz «desarmada y desarmante» que animaron a los beatos mártires de Argelia triunfen sobre todos los focos de hostilidad del mundo e impregnen el corazón de sus dirigentes.

Señor, te rogamos.

Que venga la paz de Dios

Para todos aquellos que se sienten abrumados bajo el peso de sus cargas : que ningún sufrimiento caiga en la indiferencia, sino que cada uno encuentre en su camino a un hermano o una hermana con quien compartir sus alegrías y sus penas, y que así se abra una ventana a la esperanza.

Señor, te rogamos.

Que venga la paz de Dios

Por la comunidad de Aiguebelle, los monjes y monjas, los consagrados y todos los que nos unimos a sus oraciones: que no dejemos nunca de vivir del amor de Cristo y que seamos, en cualquier circunstancia, artífices de la hospitalidad, el consuelo y la paz. Señor, te rogamos.

Que venga la paz de Dios

Venga tu paz, Señor, venga tu paz sobre nuestro mundo.

Tú, que salvas a todos los hombres y no quieres perder a ninguno, escucha la oración de tu pueblo,

Por Cristo, nuestro Señor. ¡Amén!